VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Octubre 17 de 1897 | Núm. 16

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÌA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Anita Piera

(Fotografia de Fitz Patrick)

SUMARIO

LECTURA: UN CUENTO PARA JEANNETTE, por *Rubén Darío*—LECCIÓN MATERNAL, poesia por *Sofia*—MI ALMA, poesia por *María Célia Miranda*—MÚSICOS DE OCTUBRE, por *Luis Maeso*—CONFESIÓN, por *Francisco Caraciolo Aratta*—LA CITA, poesia por *Cayetano R. Mendoza*—CENICIENTA, boceto sociológico por *Werther*—NUPCIAL, poesia por *Juan Cárlos Menendez*—A UNA COLEGIALA—FÚLMEN, sonetos por *Ernesto A. Rivera*—LA VUELTA DEL CRUZADO, por *Eduardo López Labandera*—PAZ, TRABAJO Y LIBERTAD, décimas por *Vicente Magallanes*—SIN NOMBRE, poesia por *Gonzalo Larriera y Varela*—EFLUVIOS, poesia por *Edo Bacia*—¡CESANTE! Elementos de novela por *Pedro C. Miranda*—TU Y YO (BECQUERIANA) poesia por *Otto Miguel Cione*—ESPAÑA ANTE LOS SIGLOS, Leyenda, por *Francisco de Asis Condomines*—ELLA, por *Venancio Paiva*.

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVÍDEANAS: ANITA PIÉRA, fotografia de *Fitz—Patrick*, grabado de *Emilio A. Coll y Compañia* — Fachada principal de la Estación del Ferro Carril Central del Uruguay, en Montevideo —Vista interior de la Estación tomada en dirección al Restaurant —Vista del interiór de la Estación tomada en dirección al Norte—Todas fotografias de *Fillait*, grabados de *Ortega y Compañia*.

Un cuento para Jeannette

I

Jeannette, ven á ver la dulzura de la tarde. Mira ese suave oro crepuscular, esa rosa de ala de flamenco fundido en tan compasivo azul. La cúpula de la iglesia se recorta, negra, sobre la pompa vespertina. Jeannette, mira la partida del dia, la llegada de la noche; y en este amable momento, haz que tu respirar mueva mis cabellos, y tu perfume me dé ayuda de ensueños, y tu voz, de cuando en cuando, despedace, ingenuamente el cristal sutil de mis meditaciones...

Porque tu no tienes la culpa ¡oh Jeannette! de no ser duquesa. Mucho lo dice tu perfil, tu orgulloso y sonrósado rostro, igual en un todo al de la trágica reina Maria Antonieta, que con tanta gracia sabia medir el paso de la pavana. *Si j'aime Susette, j' adore Sazon*, dice el omnipotente Lírico de Francia, en un verso en que Júpiter se divierte. Tú, Jeannette, no eres Jeannetton, por la virtud de tu natural imperió, y asi como eres Jeannette, te quiero Jeannette. Y cuando callas, que es muchas veces, pues posees el adorable don del silencio, mi fantasia tiene á bien regalarte un traje de corte que oculta tus percalas, y una gran cabellera empolvada y unos caprichos de pájaro imperial que comiera gustoso fresas y corazónes; —y una guillotina...

II

Jeannette, ¿qué te dice el crepúsculo? Yo lo miro reflejarse en tus ojos, en tus dos enigmáticos y negros y diamantinos ojos de ave extraña. (S rian los ojos del papemor fabuloso como los tuyos.)

Yo te contaré ahora un cuento crepuscular, con la precisa condición de que no has de querer comprenderlo: pues si intentas abrir los lábios, volarán todos los papemores del cuento. Oye, nada más; mira, nada más. Oye, si suenan músicas que has oido en un tiempo, cuando eras jardinera en el reino de Mataquin y pasaban los príncipes de caza; ve, si crees reconocer rostros en el cortejo, y si las pedrerias moriburdas de esta tarde te hacen revivir en la memoria un tiempo de fabulosa existencia...

Este era un rey...(En tu cabecita encantadora, mi Jeannette, no acaban de soltarse las llaves de las fuentes de colores? ¿No te llama el acento de tus *Míl y una noches?*)

El rey era Belzor, en las islas Opalinas, más allá de la tierra en que viviera Camaralzamán. Y el rey Belzor, como todos los reyes, tenia una hija; y ella habia nacido un dia melancólico, al nacer también en la seda del cielo el lucero de la tarde. Como todas las princesas, Vespertina --- este era su nombre --- tenia por madrina un hada, la cual, el dia de su nacimiento, habia predicho toda suerte de triunfos, toda felicidad, con la única condición de que, por ser nacida bajo signos arcanos especiales, no mostraria nunca su belleza, no saldria de su palacio de plata pulida y de marfil, sino en la hora en que surgiese, en la celeste seda, el lucero de la tarde, pues Vespertina era una flor crepuscular. Por eso, cuando el sol brillaba en su mediodia, nada más triste que las islas, solitarias y como agostadas; más cuando llegaba la hora delicada del poniente, no habia alegria comparable á la de las islas. Vespertina salia, desde su infancia, á recorrer sus jardines y kioskos, y ¡oh adorable alegria! ¡oh alegria llena de una tristeza infinitamente sutil...! los cisnes cantaban en los estanques, como si estuviesen próximos á la más deliciosa agonía; y los pavos reales, bajo las alamedas, ó en los jardines de extraña geometria, se detenian, con aires hieráticos, cual si esperasen ver venir algo...

Y era Vespertina que pasaba, con paso de blanca sombra, pues su belleza dulcemente fantasmal dábale el aire de una princesa astral, cuya carne fuese impalpable, y cuyo beso tuviese por nombre: Imposible

Bajo sus piés brillaban los ópalos y las perlas; á su paso notábase como una inclinación en los grandes lirios, en las frescas rosas blancas, en los trémulos tirsos de los jazmineros.

Delante de ella iba su galgo de color de la nieve, que habia nacido en la luna, el cual tenia ojos de hombre.

Y todo era silencio armonioso á su paso, por los jardines, por los kioskos, por las alamedas, hasta que ella se detenia, al resplandor de la luna que [illegible]ecia, á escuchar la salutación del ruiseñor, que le decia:

—«Princesa Vespertina, en un pais remoto está el príncipe Azur, que ha de traer á tus lábios y á tu corazón las más gratas mieles—Mas no te dejes encantar por el encanto del príncipe Rojo, que tiene una coraza de sol y un penacho de llamas.»

Y Vespertina íbase á su camarín, en su palacio de plata pálida y marfil... ¿A pensar en el príncipe Azur? Nó, Jeannette, á pensar en el príncipe Rojo.

Porque Vespertina, aunque tan etérea, era mujer, y tenia una cabecita que pensaba asi: «El ruiseñor es un pájaro que canta divinamente; pero es muy parlanchin; y el príncipe Rojo debe de tener jaleas y pasteles que no sabe hacer el cocinero del rey Belzor.»

III

El cual dijo un dia á su hija: — «Han venido dos embajadores á pedir tu mano. El uno llegó en una bruma perfumada, y dijo su mensaje acompañando las palabras con un son de viola. El otro, al llegar, ha secado los rosales del jardin, pues su caballo réspiraba fuego. El uno dice: «Mi amo es el príncipe Azur». El otro dice: «Mi amo es el príncipe Rojo».

Era la hora del crepúsculo y el ruiseñor cantaba en la ventana de Vespertina á plena garganta: «Princesa Vespertina, én un país remoto está el príncipe Azur, que ha de traer á tus lábios y à tu corazón las más gratas mieles. Mas no te dejes encantar por el encanto del príncipe Rojo, que tiene una coraza de sol y un penacho de llamas».

--- Por el lucero de la tarde! --- dijo Vespertina --- juro que no me he de casar, padre mio, sino con el príncipe Rojo.

Y asi fué dicho al mensajero del caballo de fuego; el cual partió sonando un tan sonoro olifante, que hacia temblar los bosques.

Y dias después oyóse otro mayor estruendo cerca de las islas Opalinas; y se cegaron los cisnes y los pavos reales.

Porque como una mar de fuego era el cortejo del príncipe Rojo; el cual tenia una coraza de sol y un penacho de llama; tal como si fuese el sol mismo.

Y dijo:

—¿Dónde está ¡oh rey Belzor! tu hija, la princesa Vespertina? Aquí está mi carroza roja para llevarla á mi palacio.

Y entre tanto en las islas era como el mediodia, la luz lo corroia todo, como un ácido; y del palacio de marfil y de plata pálida, salió la princesa Vespertina.

Y aconteció que no vió la faz del príncipe Rojo, porque de pronto se volvió ciega, como los pavos reales y los cisnes; y al querer adelantarse á la carroza, sintió que su cuerpo fantasmal se desvanecia; y, en medio de una inmensa desolación luminosa, se desvaneció como un copo de nieve ó un algodón de nube... Porque ella era una flor crepuscular; y porque, si el sol se presenta, desaparece en el azul el lucero de la tarde.

IV

Jeannette, á las flores crepusculares, sones de viola; á los cisnes, pedacitos de pan en el estanque; á los ruiseñores, jaulas bonitas; y ricas jaleas como las que queria comer la golosa Verpertina, á las muchachas que se portan bien.

--- *Zut!* --- dice Jeannette.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, Octubre 13 de 1897.

LECCIÓN MATERNAL

En una noche plácida y hermosa
dije á mi madre, que miraba al cielo:
—¿Qué es el amor?... —De pronto cariñosa
sonrió... pero llorosa
luego á sus ojos acercó el pañuelo...

Otra ocasión, á orillas del torrente
que bullicioso y rápido corria,
niña feliz, le pregunté inocente:
—Madre, ¡qué es poesia!...
—¡Esta! me dijo y me beso en la frente...

Asi aprendi y hoy sé por experiencia
que risa y llanto es el amor sublime,
y que si hay poesia en la existencia,
en el alma, su esencia,
el beso de una madre es quien lo imprime.

SOFÍA.

Octubre, 16 de 1897.

Mi alma

Tan triste está mi alma, cual las flores
que caen mùstias por falta de rocío,
como los lirios pálidos que crecen
en las calladas márgenes del rio!
Tan triste está mi alma, como el canto
que entona el albo cisne al espirar,
cual la humilde paloma que se queja
al compás de la fuente al murmurar!
Tan triste está mi alma, cual las brisas
que entre los sauces quejumbrosas gimen,
como el pobre cautivo que agoniza
entre los frios hierros que le oprimen!...
Tan triste está mi alma, cual la queja
del que abriga un amor sin esperanza,
y cuanto más la pena lo atormenta,
más el fantasma del amor lo alcanza...
Y tan triste está mi alma, como el último
rayo de luz del moribundo día,
y sufriendo estará por siempre mi alma
mientras subsista ausencia tan impía!...

MARÍA CÉLIA MIRANDA.

Maldonado, Octubre 13 de 1897.

Músicos de Octubre

Esta mañana temprano al despertarme, han llenado mis oidos, las notas de una orquesta aérea, las que llevan en el pico, las alegres golondrinas. Son los músicos de estación, buenos viajeros de todos los años, que pasan por el cielo azul, avisándonos que vamos á vivir en dias lindos, que la madre Primavera abre la inmensa caja de sus perfumes, desparramándolos sobre la tierra. Y como con devoción he saludado á estos divinos cantores alados, que pasean cerca de las nubes, alegrando las infinitas tristezas de abajo, con el canto de sus trinos únicos. Y Perez Nieva, ese dulcisimo narrador español, que tanto ha sabido encantarme, con todo lo tierno salido de su pluma, ha completado mi cariño por las golondrinas, al recordar que él ha dicho que cuando Jesús, tenia sobre su frente blanca, la afrentosa corona de martirio, bajó, una bandada de ellas, y cada una se llevó en el pico, las espinas que hacian sangre en la cabeza santa del Maestro.

Son muchas las que van y vienen. Desde la ventana, (aparecido en mi, el niño que dice Zorrilla de San Martin, cada hombre lleva por dentro.) miro el espectáculo nuevo. Un grupo brillante se ha detenido en fila sobre un hilo del teléfono. Parecen conversar, en su lengua de sonidos metálicos.

Suponiéndoles alma, quizás se escandalicen de algo que va trasmitido por los hombres en aquel invento! quizás alguna, doctora, declare en medio de la bulliciosa asamblea, que ella no vé en aquello, si no un descanso á sus incesantes vuelos por las azoteas.—Media hora después, como de acuerdo comun, todo el grupo, en un trino unisono ha abandonado el hilo y va hácia aquel campanario lejano. Es un dia purísimo, de azul vivo arriba. Y los músicos de Octubre, quedan dentro mi con toda la impresión de lo que han podido decir, durante aquella media hora que oí su saludo alado!

Luis MAESO.

Montevideo, Octubre 11 de 1897.

CONFESIÓN

—*¿Prefiero algun color?*
—Los arreboles.
El càliz del dolor del pueblo, el rojo,
De la virgen el púdico sonrojo,
Y un pabellón con esplendor de soles.

—*¿Qué flor?*
—La rosa thé; pálida rosa
Como la tez de hermosa Sulamita.

—*¿Y perfume?*
—De dulce tuberosa;
Y el del jazmin que á la pasión incita.

—*¿Y qué animal?*
—Agrádanme los modos
Vivos del gato de graciosas mañas:
Más, tengo inmensa compasión por todos
Que martiriza el hombre sin entrañas.

—*¿Qué color en los ojos y el cabello?*
—Cabellos de morisca soñadora,
Me cautiva en los ojos el destello
Que hace en la noche despertar la aurora.

—*¿De quién me duelo yo?*
—Sujeta á yugos
De explotadores de alma innoble y fátua
La sociedad actual que á sus verdugos
Le älza altares y le erije estátuas.

—*¿Qué vicio execro yo?*
—Ninguno alabo.
Alcohol y nicotina yo detesto.
Al degradarse el hombre es pobre esclavo
De sus vicios tiránicos; ¿no es esto?...

—*¿Ocupación alguna favorita?*
Darle forma á mis intimas pasiones,
La bella forma de la frase escrita;
Y del Arte gozar las emociones.

—*¿Cuál descanso prefiero?*
—El embeleso
De contemplar dos ojos soberanos,
Que cuando miran saben dar un beso;
Mientras estrecho un talle con mis manos.

—*¿El ideal de mi dicha?*
—Se reasume
En vida tal que mi suspiro arranca:
Vivir con la adorada entre el perfume
Del seibo en flor en mi casita blanca.

—*¿Qué pueblo admiro?*
—Admiro las victorias
Qué consagra el heroismo del cubano,
Qué hoy hace revivir las viejas glorias
De todo el continente americano.

—*¿Qué edad tengo?*
—Si vi pasar los años
Como esquife sobre öndas conducido
Ricos en esperiencias y desengaños,
¿Cómo *tener* el tiempo que he perdido?

—*¿Cuál fué el momento bello de mi vida?*
¿Y por qué en preguntar tan indiscretos?
Una aurora de Amor yo ví encendida...
Más, que callen mis íntimos secretos.

—*¿Y el momento más triste?*
—Lo he pasado
Viendo que el obrero que su fuerza agota
Con el yunque, el martillo, ó el arado
Se cree inferior al amo que lo explota.

—*¿Què nombre yo eligiera mas hermoso?*
—El nombre es nada al esplendor del hombre:
Pienso que debe, para ser precioso,
Tener virtud por pedestal el nombre.

—*¿Mi esperanza mayor?*
—Pasar la vida
Haciendo frases que el cariño vibre
Y ver la humanidad envilecida
Marchar avante para siempre libre.

—*¿Si me agrada un personaje, acaso?*
Todo libertador mis ánsias llena.
Bolivar dominando el Chimborazo
Y Jesús perdonando á Magdalena

—*¿Si compadezco á alguien?*
—La estulta envidia
Que vuelve ciego al pobre desdichado
Que con las piedras que le dió la insidia
Le alza un monumento al envidiado.

—*¿Qué personaje de novela?*
—Todo
El que sienta el Amor como yo mismo;
A Narciso prefiero Cuasimodo,
Cuya alma es flor de luz sobre un abismo.

—*¿Qué pais prefiero?*
—No otra pátria quimérica
Que este rincón de tierra esplendorosa
Donde halla el tipo del valor América
Y la raza de las Vénus más hermosas.

—*¿Cuál escritor, cual poeta yo prefiero?*
Todo escritor que sienta la Belleza,
Victor Hugo alumbrando al mundo entero
Con sus estrofas de inmortal grandeza.

—*¿Y qué pintor?*
—Aquel que fué inspirado
Cuando fijó en la tela el rostro hermoso
De la mujer que tantó he adorado
Con los toques de luz de un sol radioso.

—*¿Qué músico me gusta?*
—De Beethoven
El sueño de una noche de verano,
Bello recuerdo de mi vida jóven
En la escala melódica del piano.

—*¿Si tengo yo divisa?*
—Es: *Fé*; mi escudo
En las horas de duelo ó de pelea;
Me dá ardimiento si vacilo, ó dudo;
Divisa, que en las sombras centellea.

—*¿De qué sitio conservo más recuerdos?*
—Era una noche de verano, hermosa...
Los astros nos hablaban de placeres...
Me dijo, sí, anhelando ser dichosa;
Y fué la más feliz de las mujeres.

—*¿Prefiero lecho duro ó blando?*
—El sueño
Blando en el lecho duro yo deseo;
Y me levanto á comenzar, risueño,
La lucha de los libres que peleo.

—*¿Quién más amo?*
—Mi Amor es cruz jigante
Que al mundo del dolor entero abraza:
Pero, hay una mujer, de mi distante,
Que mi pasión á su pasión se enlaza.

—*¿Qué escriba un pensamiento?*
—Mis hermanos:
Basta de vicio y crimen y tiranos;
Acaben de una vez torpes antojos,
Purifique el labor todas las manos
Miren al porvenir todos los ojos! (1)

Francisco C. ARATTA.

Montevideo, Octubre 16 de 1897.

LA CITA

Para mi hermana María Margarita

I

A pasos acelerados—marcha un risueño galán,
Y á juzgar por su alegría—á ver á su amada vá.—
Es el galán, elegante,—viste con gracia y primor,
Y denota su apostura—heredada distinción;
Es su nívea dentadura—de hermosura divinal,
Y es tierna su voz y dulce—como el canto del sabiá;
Es negra su cabellera—sus ojos oscuros son;
Su boca es fresca cual rosa—abierta al beso del sol;
Sus negros ojos denuncian—que arde en su pecho un volcán
Y que en su alma casta y pura—vive el fuego celestial!

II

Abrevia de pronto el paso—el poético amador
Y extasiado se detiene—al pié de un blanco balcón,
Donde impaciente esperaba—al amoroso galán,
Una niña candorosa—de belleza virginal.
Dorados son sus cabellos—como los rayos del Sol,
Y sus dulcísimos ojos—tienen del cielo el color;
Es la tez de la doncella—de una blancura de azahar,
Y sus palpitantes lábios—mas rojos son que el coral.
Es flexible su cintura—pequeña su mano és,
Y de seductora forma—es su diminuto pié.
Es en fin la casta niña—divina cual la ilusión
Que se ha forjado la mente—del poeta soñador!

III

Al ver la gallarda joven—de su älma al poseedor
Siente agitarse violento—su sensible corazón.
Cosa idéntica sucede—al arrogante doncel
Cada vez que á su Julieta—tiene la dicha de ver.
¡Es que en ambos corazones—reina absoluto el amor!
¡Es que en esas almas niñas—jamás la pena anidó!

IV

En brazos de sus ensueños—la doncella y el galán
Transportan sus corazones—á la region celestial.
Y ébrios de dicha y ventura—se entregan sin dilación
A gozar de las delicias—que les ofrece el amor.
Y olvidando la pobreza—y miseria terrenal
Elevan sus castas almas—á la azul inmensidad!

. . . .

De pronto de amante beso—se escuchó el blando rumor,
Rumor que en la suave brisa—dulcemente se perdió,
Y en pos del amante beso—dado con santa pasión—
Se oyó un suspiro que el aura—en su alas se llevó!...

. . . .

V

A pasos lentos, muy lentos—marcha un risueño galán
Y á juzgar por su alegría—ha visto á su amada ya!...

Cayetano R. MENDOZA.

Montevideo, Octubre 15 de 1897.

CENICIENTA

(Boceto sociológico)

Para Eduardo Gandolfo (Edo. Bacía)

En la orilla izquierda del pintoresco Santa Lucia, rio abajo, el viajero puede admirar un hermoso monte sombreado de molles y viejos sarandíes. Más allá, como escondido por pobre y por modesto, se oculta entre la espesura verde de aquella arboleda, un pequeño ranchito. Sensilla morada de la pobreza y de la inocencia, ni del todo en el campo, ni del todo en el cercano pueblo, está, sin embargo, bastante defendida de la mirada de los curiosos pasajeros. Allí vivian dos jóvenes esposos, en cuyos rostros, dema-

(1) De mi *Canto del Porvenir*.

crados por el pesar, no habia sino amable sonrisa para sus dos pequeños niños: Albertina y Cárlos, — frescos y hermosos como una mañana de Enero. Los padres sonreian con esa alegria aparente, tan necesaria para ocultar las penas, pero en el corazón experimentaban honda tristeza. ¡Cuán amargo es el dolor que no se desahoga! ¡Cuán negra es la desgracia cuando no es fácil remediarla y tiene que ocultarse!

La desastrosa guerra civil que terminó en los campos de Aceguá y Cuchilla Seca, enrogecidos con la sangre de nuevas victimas hermanas, habia esparcido el terror en todas partes. Los sembrados en abandono no rindieron la abundosa cosecha que esperaba el labrador; porque pastores y labriegos, ó habian huido á los montes para no ser arrastrados al ejército por las levas, ó, á su pesar, habian trocado la azada por el fusil.

El pequeño rancho de los juncales era entónces hogar sin pan, visitado por el infortunio. Sin trabajo, el hombre honrado languidece y se agosta como árbol falto de sávia y benéficas llúvias. El hogar escaso de alimento para los hijos, es como un nido sin calor donde pian implumes pajarillos.

Tres dias habian pasado sin que humease la cocina de aquella desolada vivienda, y solo algunos mendrugos de pan acallaban el hambre de Cárlos y de Albertina, cuyas preguntas sin interrupción despedazaban el corazón de los padres.

—Papá, decia la sonrosada niña, ¿por qué no se enciende el fogón?

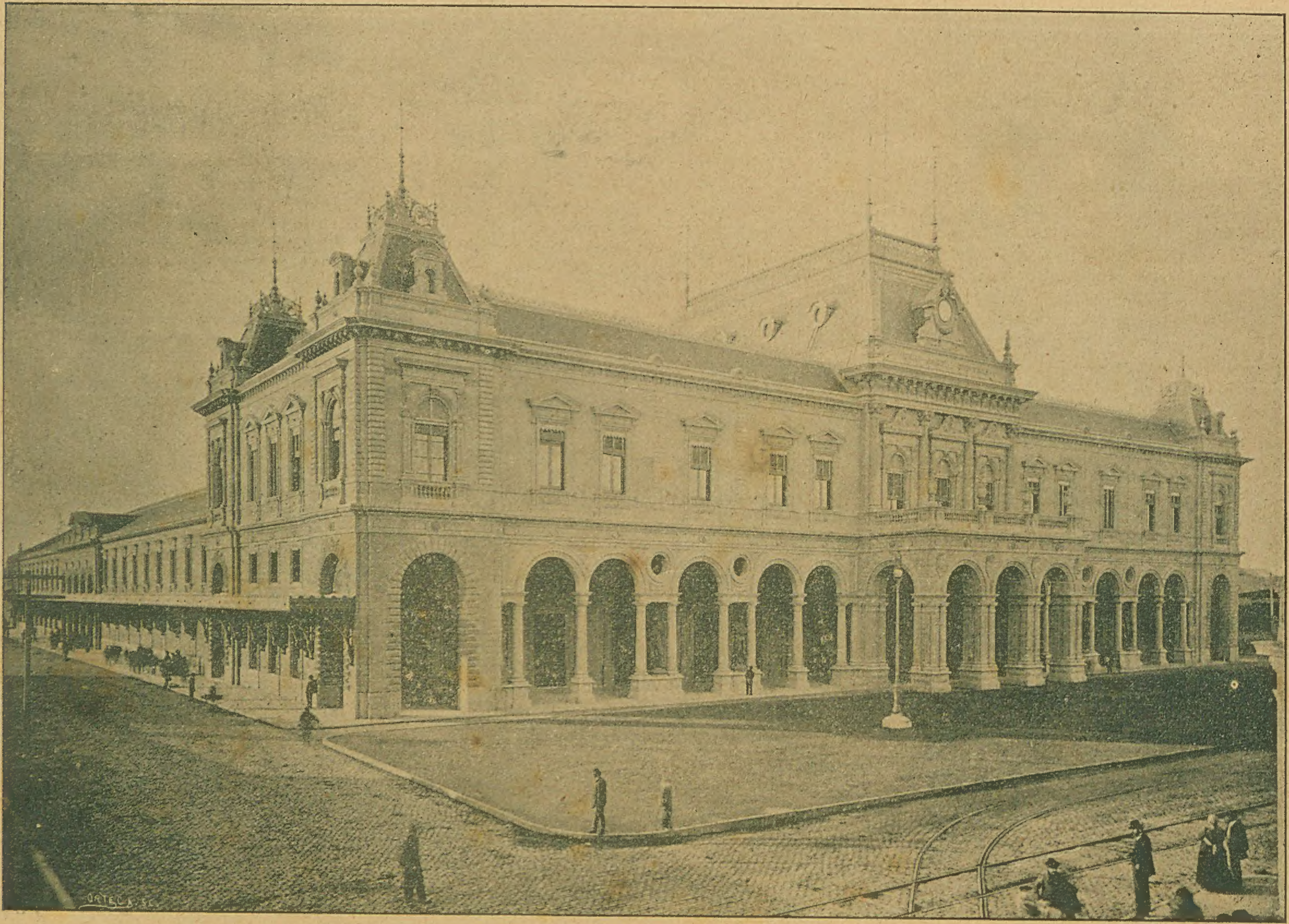
—Pronto se hará, hija mia.

—Me siento desfallecer. Antes no eras tacaño, y le dabas á mamá esas moneditas que salian de casa, para no volver, es cierto, pero estábamos satisfechos y... comiamos. ¿Recuerdas cuán sabrosas y fragantes eran aquellas bananas de color de oro; cuán hermosas aquellas manzanas que nos regalabas y decias que eran provocativas como un beso de tus hijos y cuyo color comparábas á mis mejillas? Dime, papá, ¿la guerra ha destruido hasta los frutales?

—La guerra, porque se lleva los hortelanos, sí, y tambien el frio que no deja que maduren pronto las frutas. Pero ahora ya tenemos esperanza.

—¿Quién es la Esperanza, papá?

—Una mujer muy hermosa que Dios nos envía desde el cielo, cuando estamos más pesarosos.



Fachada principal de la Estación del Ferrocarril Central del Uruguay, recientemente edificada en Montevideo—(De una fotografía de Filliat)

—¡Qué bueno es Dios!...

—El frio ya pasó, hija mia, y por eso los campos comienzan á reverdecer y los árboles á llenarse de flores.

—¿Y quién hace reverdecer, papá?

—Dios, siempre El.

—Y mientras los árboles vuelvan á dar las frutas que tanto me gustan, dime ¿Dios no podria darnos hoy, sino frutas, siquiera pan ó un poco de caldo?

—Si, nos dará, dijo la jóven madre, que, rodándole por las mejillas una lágrima como perla resbalada de un cofre, sorprendió á la niña en aquella plática curiosa con el padre.

—¿Y cómo lo sabes? preguntó el pequeño Cárlos, que venia asido de la diestra de su madre.

—¡Ay! hijo mio, sabrás que el pobre, cuando le aguijonea el hambre, come hasta gallina...

—¡Comer gallina!—exclamaron los dos niños con inocente alegria.

—Si, hijos. Han transcurrido ya tres dias, y no hémos tomado alimento caliente. Tengo pena de vosotros. Ya estais flaquillos, cuando el año anterior Albertina era una rosa y Carlitos un clavel. Yo no quiero que se sequen las flores de mi corazón... Os voy á dar un caldo de gallina.

—¿De qué gallina, mamá?

—De la única que tenemos. ¿Qué hacer, hijitos? Hoy muere la *Cenicienta.*

—¡La *Cenicienta!* ni nos lo digas, mamá.

Y rompieron en llanto los niños. Y tenian razón.

La *Cenicienta* era para éllos como hermana, y con élla se entretenian, estrujándola cariñosamente. La *Cenicienta* era mansa y apasible como una niña huérfana; se habia criado con éllos y era un ser querido y hasta necesario en aquel hogar. Más bien polla que gallina crecida, andábase contorneando por la pequeña chacra, y ostentaba un hermoso copete de azabache, desplegando á veces las alas de un color ceniciento claro, nitidas, y de cuidado plumaje. La *Cenicienta* alegraba la casa con su ruidoso cacareo, y los niños acudian á élla, presurosos, y contentos, cuando oian escandalizar la chacra con la noticia de que dejaba un huevo en el nido. Allá eran las inocentes disputas sobre la pertenencia del huevo.

—¡Este es mio!

—Mañana lo será, hoy es mio.

Al fin la litis se acababa por transacción

propuesta por juez imparcial, ante quién se elevaba la querella. El padre decidia que, pasado por agua, el huevo se dividiera entre los litigantes, sentencia que se llevaba á efecto con entera satisfacción y sumisión de las partes. Los niños prodigaban entónces á la *Cenicienta* las caricias posibles, dándole en las manecitas ahuecadas las migajas sobrantes de su escasisima merienda.

El dia de la escena que pintamos, la *Cenicienta*, como si hubiera adivinado su prematuro fin, se estuvo largas horas perdida. De pronto salió de entre unos pajonales, cacareando con más escándalo que nunca, para avisar que habia puesto su cotidiano huevo.

— Papá, dijo Cárlos, no matemos á la *Cenicienta*. La pobrecita nos dá todo lo que puede. Comámonos el huevo, y esperemos á ver si Doña Maria, nuestra buena amiga, nos manda un poco de pan ó repite el regalo de los ricos pasteles de ostras. Si después nos falta de comer y no tenemos nada, mataremos á la *Cenicienta*, siempre que deje de poner, pues tú dices que los ociosos no sirven para maldita de Dios la cosa y que deben de ser castigados, si no hacen algo de provecho.

—Yo, dijo medio llorosa Albertina, no quiero que muera la *Cenicienta*, ni ahora ni nunca, porque me dará gran pena, ¡Pobrecita! ¿qué motivo ha dado? ¿ No dices, papá, que no se castigue à nadie sin causa alguna?

(En ese instante la *Cenicienta* cacareaba con más fuerza.)

—¿ Oyes mamá, lo que dice la *Cenicienta* ? replicó algún tanto alegre Albertina.

—¿ Qué está diciendo ?

—« ¡ Quiéro que no me maaaaten, que no me maaaaten ! »

—Pero, hija del alma, yo te veo desfallecer de pura debilidad.

—¡ Ciérto ! ¡ Tengo hambre !

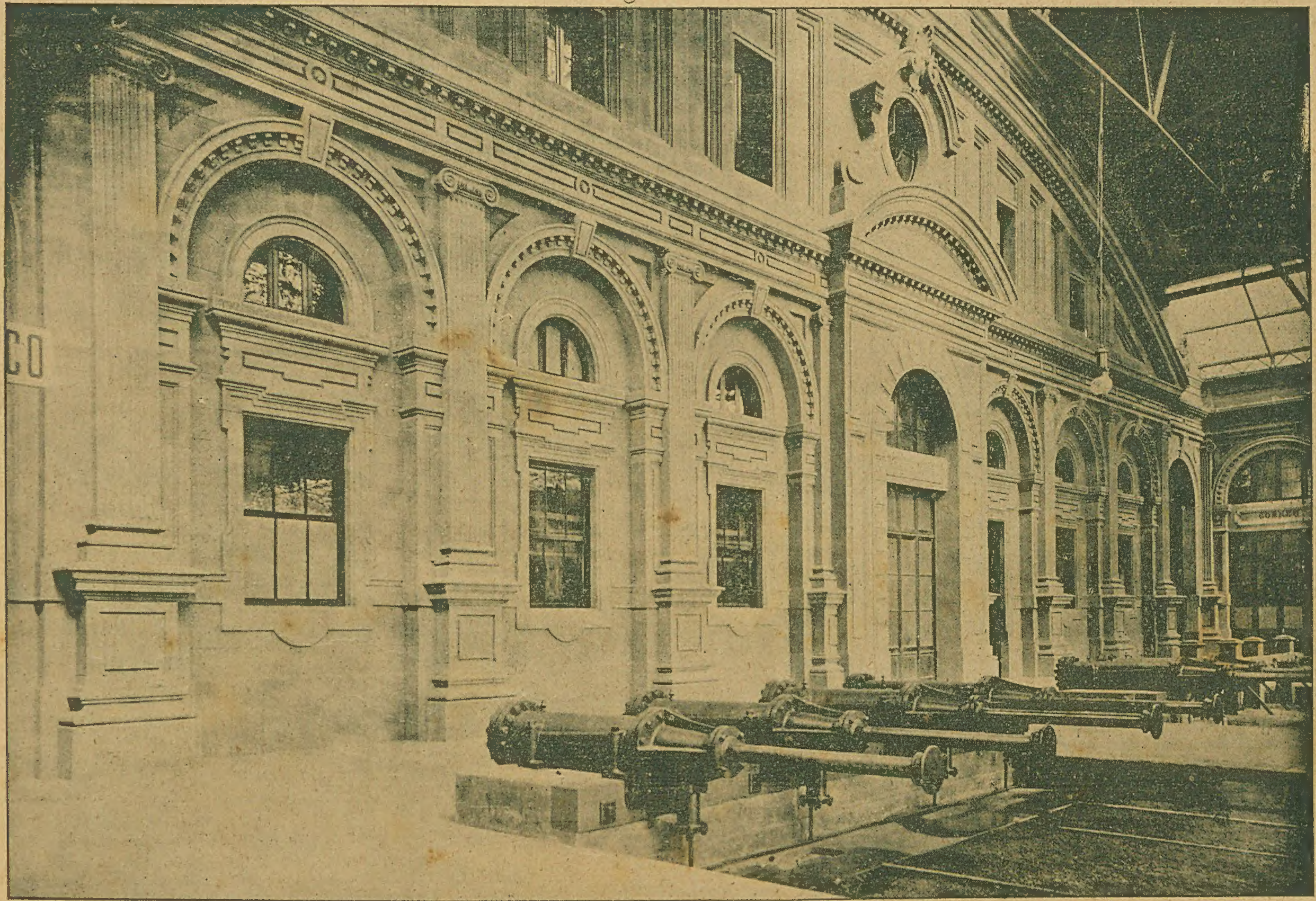
Y la niña se dejó caer sobre un desvencijado diván, como dália que languidece y se apoya sobre un trozo de pared derruida.

Tenia los lábios secos, los negros ojos vivaces casi apagados, y con todo, le latia el corazón de pena por la *Cenicienta*. Era corazón de mujer, y mujer niña.

Cárlos, menos compasivo como más aguijoneado del hambre, consintió al fin en la muerte de la *Cenicienta*, con la condición de no presenciar el degüello.

La suerte de la *Cenicienta*, fué decretada. La madre vertió algunas lágrimas ; privaba á sus hijos de un entretenimiento y habria un individuo menos en la casa, y la chacra iba á quedar silenciosa y un nido desocupado. Siempre dá dolor el ver los nidos vacios y las cunas sin niños.

Habian pasado cinco largas horas.



Vista interior de la Estación, tomada en dirección al Norte--(De una fotografía de Filliat)

Al rededor de la mesa estaban sentados los cuatro personajes del hogar menesteroso. El sol descendia tras la verde cuchilla, enviando sus últimos rayos sobre la frente del padre, que con sonrisa ocultaba su pesar, aún que á veces con disimulo alzaba la siniestra para apretarse el corazón que le latia en violencia. Queriendo distraer à sus hijos del recuerdo de la *Cenicienta*, les contaba algunos episodios de la actual guerra, que los niños escuchaban con gran atención. Entre tanto, se sirvió el caldo, que exhalaba apetitosa aroma, como diciendo: bébeme.

— Ya veis, vidas mias, dijo la madre. ¿No os anuncé que el pobre, en el dia de mayor hambre, come gallina?

—¿ Y no nos prometiste también pan ? repuso Cárlos.

—Todo estaria completo!, exclamó Albertina.

Al mismo tiempo asomaba por la puerta la sirvienta de Doña Maria, trayendo en una fuente, algo que despertó la apetitosa curiosidad de los muchachos. Eran dos grandes alfajores de Mendoza, regálo del niño Roque para Albertina, y de Lucia para Cárlos,--cuatro amiguitos que se visitaban con frecuencia y se querian mucho, habiendo ternura y gratitud en los niños pobres, y generosidad y benevolencia en los niños ricos.

La sirvienta, al entregar el regalo con desdeñosa gravedad, echó una mirada escudriñadora y se marchó.

—¡ Oh ! dijo el padre de los niños pobres, con que tenemos ya aves y alfajores en casa? Bendecido sea Dios ! Hemos festejado bien á la *Cenicienta*.

Los niños, aunque todavia medio tristes, devoraban las tostadas alas de la *Cenicienta*. Se comian á su propia compañera.

Satisfecha el hambre, se durmieron después de haber rezado un *Padre nuestro* y dicho más de cien veces: ¡qué buena es Doña María !

La madre de los niños ricos, estaba también en abundante y opulenta mesa, cuando regresó la sirvienta.

—¿Dejaste ya el pan á esa familia ? ¡ quién sabe si para ellos les servirá de almuerzo, comida y cena !

—¿ Y Vd, señora los cree pobres ?

—¿ Qué no son pobres ? ¡ Pobrisimos !

—¡ Ja ! ¡ Ja... ! Vd. es muy buena y la engaña su piadoso corazón.

—¿ Por qué dices eso ?

—Porque no son tan pobres como Vd. piensa; han estado comiendo gallina.

—¡Hola !

— Como lo oye, otros si que son pobres; los que mendigan y tienen harapos.

—¿Es indispensable tener harapos para recibir limosna ? preguntó Roque. ¿No des-

cubrimos que esa niña del otro dia, aunque estaba aseadita y con traje nuevo no habia probado alimento desde el dia antes, y tu le diste pasteles y frutas ?

—Cierto, hijo mio; pero esa vino á pedir, y en la cara le conocí la necesidad, mientras que los padres de Albertina no piden y yo alivio sus necesidades como adivinando; ¿me habré equivocado...? Ya no seré tan dadivosa con ellos.

—¿Y dime, mamá, los pobres no pueden comer gallina? dijo el muchacho, engulléndose un descomunal pastel de ostras y llenándose la falda con las doradas hojaldres.

—Cuando las regalan, sí. Pero estos creo que no son tan pobres.

—Pero, mamá, concluyó Lucia, ¿quién sabe si esos pobrecitos se han comido la ùnica gallina que tenian? Una, les conozco yo, y apostaria qne Albertina estará llorado por su *Cenicienta*.

WERTHER.

Montevideo, Octubre 16 de 1897.

NUPCIAL

De las celestes nupcias llegó, mi amor, la hora;
la pálida noctámbula, sirena de los cielos,
eterna enamorada, del sol la ansencia llora
y con su llanto teje de luz místicos velos.
Es la hora en que la estrella, apasionada errante,
vaga, soñando amores, en el ceruleo espacio,
buscando de los astros el beso titilante,
el beso luminoso cual chispas de topacio.
Es la hora en que las flores sus ósculos de aroma,
del céfiro en las rémiges, envianse amorosas,
es la hora en que á su dueño lo arrulla la paloma,
es la hora en que se besan las leves mariposas.
Es la hora en que se abrazan los hijos del misterio,
fantasmas, impalpables, que pueblan las regiones
donde el amor soñado fijó su aùgusto imperio,
formando el régio trono con albos corazones.
Es la hora que al cariño Dios mismo ha consagrado,
la sacratísima hora, de más divina calma,
en que, mezquino, el cuerpo se aduerme fatigado
y en busca de alegrias, ansiosa, vuela el alma.
En que la brisa suave amores va diciendo
y amor susurra el bosque y amor dicen las linfas
y amor repite un canto, el Orbe estremeciendo,
que, mágico, modulan las invisibles ninfas.
De idilios es la hora... Ven á mis brazos, nena,
yo tejeré, con besos, guirnaldas á tu frente;
sobre tu sien de lirio, sobre tu faz serena,
posar mil veces quiero mi lábio febriciente.
¡Ah! ven, como en otrora, mi pálido querube,
mi blonda sultanita, de lánguida hermosura;
de mi letal tristeza la maldecida nube
disipen tus caricias de virginal ternura.
Iuilica es la hora... Tu pasional poeta
no ceñirá á tus bucles diademas de brillantes;
es tu amador muy pobre, tú humilde cual violeta
y son, más que luceros. tus gracias deslumbrantes.
Más ven, mujer amada, visión de mis ensueños;
nuestra pasión inmensa destelle sus clarores,
unamos nuestras almas y, en éxtasis risueños,
se aduerman, delirantes, sobre tapiz de flores.
¡Oh! ven, ángel que adoro; bajo la azul techumbre,
gocemos los placeres que el mundo cree ilusorios...
¡más viva las estrellas irradiarán su lumbre
para alumbrar los nuestros sublimes desposorios!

JUAN CÁRLOS MENÉNDEZ.

Jan José de Mayo, Octubre 15 de 1897.

SONETOS

A una colegiala

Dime, niña gentil: ¿ Por qué se afana
tu mente en penetrar la ciencia grave ?
¿ Por qué, buscando del saber la clave,
marchitas ¡ ay ! tu juventud lozana ?
Tù naciste, hechicera soberana,
para reinar, como en su nido el ave,
y en tu pecho ternísimo no cabe
gloria mayor, si del hogar emana.

Busca, mujer, el único embeleso,
la sola aspiración de las mujeres:
aprende á amar; confórmate con eso.
Y del amor al apacible encanto,
tu maestro seré, si asi lo quieres:
¡ tengo de mi alma que enseñarte tanto !

Fúlmen

No puede ser que el cariñoso abrigo
profanes tú de la amistad sagrada;
no puede ser que en la común jornada
me envilezcas llamándome tu amigo.
Tu innoble corazón lleva consigo,
por eso, tu amistad que me degrada
desde ahora y por siempre la maldigo.
Maldigo tu amistad! y de otra suerte,
no pudiera tal vez mi enojo récio
dar á tu nombre merecida muerte;
Pues sé, para mi mal, que eres tan nécio,
que tu mezquina estolidez no advierte
que doquiera te sigue mi desprecio!

ERNESTO A. RIVERA.

La vuelta del cruzado

Allá, casi oculta, en medio de millares de eucaliptus y espinillos, en los que anidan millares de avecillas, que con sus dulces trinos, hacen de aquel paraje un risueño retiro, se halla un pequeño rancho, hecho de terrón y paja brava. El sol, penetrando por el tupido ramaje de los árboles, llena de claridad la pobre vivienda, en la cual, reina hoy, despues de larga tristeza, la mas franca alegria.

Rodean al viejo rancho un precioso trebolar y mil frescas rosas y el perfume de esas flores, satura el ambiente con sus exquisitos aromas.

A pocos pasos del rancho, las plateadas aguas de un rumoroso arroyuelo, corren lijeras, medio ocultas por los juncales y sauces llorones, que en apiñada multitud crecen á su orilla.

La alegria que reina en el corazón de los habitantes de aquella humilde morada, es debida al regreso del jefe de ella, que despues de seis meses de ausencia vuelve al hogar. Vuelve sí, despues de haber puesto á prueba su valor en cuanta lucha tomó parte. Vuelve el cruzado, despues de seis meses de amarguras é inclemencias y de haber sentido el cruel azote del hambre y de la sed. Pero todas las viscisitudes experimentadas las olvida hoy, al hallarse entre los seres que le son más queridos, los que tantas veces lo creyeron muerto, y se considera dichoso al trocar la lanza por la azada y pide á Dios que no tenga que abandonar de nuevo el hogar para ir á hacer fuego sobre un pecho hermano.

La Madre Naturaleza, como queriendose asociar al concierto de alegrias que reina en el vetusto rancho, viste sus primaverales galas y las canoras avecillas, que anidan en los árboles vecinos, llenan los aires con sus tiernos himnos, completando asi, la alegria de aquella familia que acepta con júbilo la risueña suerte que le deparó el destino!...

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA.

Montevideo, Octubre 14 de 1897

Paz, Trabajo y Libertad

(DÈCIMAS)

Mira, lector, no te asombres;
vas á oir cuatro verdades:
Son solemnes necedades
las pasiones de los hombres.
Gloria obtienen muchos nombres
por vencer en la pelea,
pero germina la idea
moderna del sér capaz
y ya la dicha flamea
á la sombra de la *paz*.

Su marcha reparadora
sigue el mundo hácia alto fin,
y ya no suena el clarín,
silba la lacomotora:
es la influencia bienhechora
de los génios singulares
la que al través de los mares
tanta ventura nos trajo:
¡dejemos ya los altares
que nos reclama el *trabajo!*

Ya los grillos se fundieron,
ya no hay más esclavitud;
canta, querido laúd,
á las dichas que vinieron;
canta, que aleves huyeron
para nunca más volver
las costumbres de ese ayer,
todo barbarie y maldad,
ante el mágico poder
de la hermosa *libertad.*

¡Claros días de bonanza
se sucedan por doquier,
y que nos bañe el placer
y sonría la esperanza!
Ya la gloria nos alcanza;
ya se puede distinguir
el plácido revivir
de la triste humanidad:
pueda el mundo conseguir
paz, trabajo y libertad.

VICENTE MAGALLANES.

Montevideo, Octubre 15 de 1897.

SIN NOMBRE

(Del libro inédito « Hojas de Parra ».)

Anoche te he encontrado como siempre...
Irradiaban su luz tus ojos negros,
Y en tus carmineos y delgados lábios,
Nido de amores, palpitaba un beso.
Me hablaste en el lenguaje de las almas,
Lenguaje de ternura y sentimiento,
Y la dulce expresión de tu sonrisa
Me declarabas tu cariño tierno.
«Y lo ves, me dijiste, qué te adoro...
Y jamás te querrán como te quiero...
Nunca la ausencia y la distancia larga,
Extinguirán de mi pasión el fuego».
Tomé tu blanca mano entre las mias,
Un instante quedámos en silencio,
Y en tus carmineos y delgados lábios,
Confundimos las almas en un beso!

GONZÁLO LARRIERA VARELA.

San José de Mayo, Octubre 14 de 1897.

EFLUVIOS

Traedme en vuestras alas
¡ Oh, sueños de la noche !
La imágen bendecida
Del ángel de mi amor,
Que ansio un casto beso
Posar sobre su frente
Más pura y perfumada
Que el caliz de una flor.

Y luego arrodillado
Como el feliz creyente
Ante la dulce virgen
Del sacrosanto altar,
Dejadme un solo instante
Con ojos amorosos
Sus gracias singulares
Extàtico admirar.

Y en suave y dulce acento
Con el arrullo tierno
De tórtola amorosa
Dejádmele decir,
Que en ella está mi dicha,
Mis sueños y esperanzas,
Y el más allá que anhela
Mi amor y mi existir!

EDO. BAC'A.

Montevideo, Octubre 16 de 1897.

España ante los siglos

LEYENDA

(Continuación)

—¿Por qué has dado libre acceso en tus dominios al poderoso ejército romano que acaba de desembarcar en Ampurias al mando de Cneo Escipión?

—Para que me ayude á vengar la crueldad y mala fé púnicas. Para realizar esta aspiración mia, prestaré á las cohortes romanas el apoyo de ciento veinte ciudades de la Lacetania, con cuyo contingente ganará aquel caudillo la primera batalla de la segunda guerra púnica en los campos de Guisona, que tan desastrosa habrá de ser para Cartago.

—¿Pero no aciertas á ver que los romanos no vienen á lavar tus afrentas, sino á vengar antiguos odios, eligiendo por campos de batalla tus fértiles valles y poéticas florestas? En premio de tu desinteresada cooperación y noble hospitalidad, te verás saqueada y uncida al carro triunfal de los lácios.

—¡Siempre habré de ser víctima del engaño y de la traición alevosa! Más los traidores, hallarán en su pecado la penitencia.

En este momento histórico concito á mi pueblo para que forme una agrupación compacta, numerosa é invencible, á que daré el nombre de ejército español, destinado á pelear perpétuamente á la sombra del oriflama, que llevará escritos los más augustos ideales, simbolizados en estas mágicas palabras: *¡Pátria, independencia y civilización!*

Al frente de mi ejército pondré caudillos tan bravos y preclaros como Indíbil, Mandonio, Budaris, Busidades, Salóndico, Cesarón, Púnico, Caro, y Viriato, que vencerán en mil encuentros á las legiones romanas, cuyos generales verán marchitar sus lauros por el cierzo de vergonzosas derrotas en los campos de Numancia.

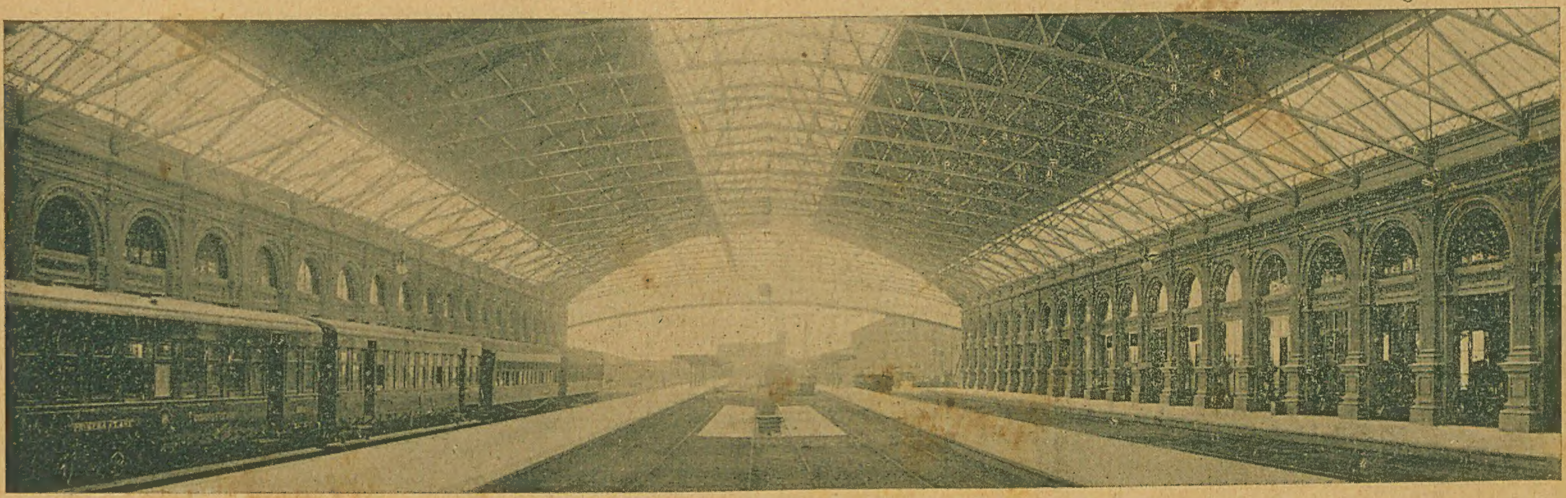
Esta ciudad, llamada en pleno Senado terror de Roma, resistirá valerosamente un sitio de catorce años y rechazará las más bruscas arremetidas de sus enemigos. No importa que vaya sobre ella el héroe de Zama, Escipión el Africano, con sesenta mil combatientes; pues á la vista de los cuatro mil gigantes que la defienden, sentirá extremecerse, se le caerá de la mano la espada vencedora y se despojará del dictado de grande que orla sus sienes para cubrirse con el miserable manto de los cobardes.

Convencido de su impotencia para rendir aquel puñado de valientes, que no tienen otras murallas que su pecho, otro escudo que su coraje y otras armas que el fuego de su mirada, apela para rendirlos á dos indefectibles recursos: el tiempo y el hambre. Rodea de profundos fosos la infortunada ciudad, oculta detras de formidables trincheras la cobardia de sus sesenta mil soldados, se hace sordo á los retos de batalla en campo abierto que reiteradamente le dirigen los sitiados, se resiste á combatir uno contra quince y espera que la crueldad del tiempo y y la carencia absoluta de vituallas acaben por concederle el triunfo.

—¿Pero será en vano?

—¡Si lo será! Perdida toda esperanza de socorro, apurados todos los medios de alimentación, diezmados por la más impia de las necesidades é inflamados por el más legitimo de los amores, juran mis fieros numantinos realizar un holocausto que ha de causar horror y asombro á todos los pueblos del mundo. Lánzanse como un rayo sobre las lineas enemigas, pelean desesperadamente avanzando para abrirse paso, siembran por doquier el terror y el estrago y sucumben uno tras otro á impulsos de los obstáculos y del número.

Los padres, esposas é hijos de estos atletas, inspirados en su ejemplo, corren á poner fuego á los cuatro ángulos de la ciudad,



Vista interior de la Estación, tomada en dirección al Restaurant--(De una foto grafía de Filliat)

acumulan sus tesoros, muebles y combustibles en la plaza pública, prenden una inmensa hoguera y, al compás del entusiasto y terrible himno pátrio, entonado con el acento de la desesperación, se arrojan á las llamas sin excepción de uno solo á fin de que ningún numantino pueda referir tanta desdicha ni cantar tanto heroismo.

Y aquí, Señor, permiteme que derrame lágrimas de ternura y dé suelta á mi quebranto.

—Es muy justo lo que me pides; que el llanto es el lenguage de la amargura, el delicado aroma que exhalan los nobles corazones y la válvula de seguridad para evitar la explosión de los pechos dilatados por la intensidad de los sentimientos más vivos.

—Sin embargo, mi honda pena se mitiga por el orgullo que siento al contemplar que Escipion, el vencedor de Anibal, no ha podido conquistar á mi idolatrada Numancia, habiéndose reducido á desempeñar el triste papel de causar su desventura y ser testigo de su gloria.

Este sublime sacrificio por la pátria, acaecido el 2 de Mayo del año 133 antes de la era vulgar, resonará eternamente en las inmensidades del tiempo y del espacio. Los siglos que pasaron se levantan de sus tumbas para rendirle un aplauso; los venideros se descubren respetuosos ante sus ruinas; las Musas acuerdan retirar su divina inspiración á los vates y artistas que no le consagren sus concepciones más bellas; el templo de la inmortalidad le abre sus puertas de par en par; la Historia se enorgullece al escribir en brillantes páginas tan elevados arranques, y los mismos dioses olimpicos se engalanan con sus más ricas preseas al decretar su apoteósis para eternizar su memoria.

—Comprendo la natural fruición que experimentas al relatar los prefulgentes hechos que caracterizan á tu pueblo; pero desearia que te limitaras á narrar unicamente los puntos más culminantes de tu porvenir histórico.

—Voy á complacerte, generoso Jehová; permiteme, no obstante, el relato de otro episodio de que serán teatro las empinadas montañas y vericuetos impracticables de la Cantábria.

Roma brindará á los mios el olivo de la paz y el beso de la amistad, que aceptarán cándidamente la generalidad de las provincias de mis estados. Sólo los cántabros y astures no se dejarán engañar con fementidas promesas y resolverán combatir hasta la muerte. Octavio en persona, acompañado de Agripa, vendrá á hostigarlos, á cuyo efecto ocupará militarmente aquellas accidentadas regiones á fin de debilitarlas; pero sus habitantes hacen prodigios de valor, disputan el terreno palmo á palmo, se retiran por las breñas peleando como leones, las mismas mujeres se lanzan sobre las filas enemigas y cuando se ven acorraladas y perdidas sacuden contra las peñas las cabezas de sus hijos, que arrojan cadáveres contra los legionarios, los cuales retroceden horrorizados al ver que las madres prefieren la muerte de los pedazos de sus entrañas antes de que se les estigmatice la frente y se ponga en su cuello la argolla de la esclavitud.

Octavio, aleccionado por experiencia y testigo ocular de la inflexible bravura de los mios, procura atraérselos y jura tratarlos al igual que á los lácios. Regresa á Roma cargado de laureles, donde recibe la investidura de Emperador, Augusto y Pontifice Supremo que le concede el Senado y en él muere la república y nace el imperio.

Este emperador cumplirá exactamente sus ofrecimientos á los españoles, sancionando la división territorial de mi señorío con arreglo á su corografía y orografía, mejorando el sistema de comunaciones, dotándolo de termas, circos, arcos, acueductos y puentes, é introduciendo paulatinamente las leyes, costumbres y lengua de los romanos, de cuyos beneficios guardaré impecederos recuerdos.

Yo retribuiré á los de Roma con mi proverbial munificencia, para lo cual no querré tener presente sus ofensas, sus traiciones y sus agravios. A cambio de haber echado los cimientos de Zaragoza, Valencia, Itálica,

Pamplona, Vitoria, León, Palma y otras ciudades, les enviaré torrentes de oro y haré aparecer en la escena sus mejores poetas, emperadores, historiadores y geógrafos.

Itálica les regalará á tres emperadores eminentes, Trajano, Adriano y Teodosio y al peregrino poeta Silio; Calahorra, al retórico Quintiliano; Córdoba, al eximio Lucano y á los dos Sénecas; Cádiz, al ilustre agrónomo Columela; Calatayud, al divino Marcial; Zaragoza, al sin par Prudencio; Algeciras, al incomparable geógrafo Pomponio Melo, y Tarragona, al erudito historiador Orosio.

De esta manera me conquistaré el honroso titulo de generosa é hidalga á que convergen todos mis actos y aspiraciones. Sea cual fuere el cariz que presenten los acontecimientos futuros, jamás consentiré que la más leve mancha afée la excelsitud de tan hermosos timbres y empañe el brillo deslumbrador de mi corona de gloria.

(Continuará).

FRANCISCO DE ASIS CONDOMINES.

TU Y YO

(BECQUERIANA)

Eres la brisa que va rielando
El negro lago de mi existencia,
Yo soy la sombra que va buscando
El ser que tenga divina esencia.
Eres arpegio dulce sonido
Del harpa de oro de una sirena
Yo soy murmullo, soy el gemido
Que el mar escala sobre la arena.
Eres la estrella que en el pantano
De mis pupilas fiel se refleja,
Yo soy la nube que en el verano
De tus miradas se desmadeja.
Eres corola que se marchita
Si con sus rayos la hiere el Sol,
Eres la llama que el viento agita
Yo la alimento... soy alcohol.
Eres meteoro que va surcando
Del cielo inmenso, su inmenso tul,
Soy hoja seca que va rodando
Sobre las ondas de un rio azul.
Siendo yo nube serás mi cielo,
Seré la aguja, si tu el imán,
Si eres el polo, seré yo el hielo,
Si eres el fuego, seré volcán...

OTTO MIGUEL CIONE.

Montevideo, 15 de Octubre de 1897.

¡Cesante!

Elementos de novela

por

Pedro C. Miranda

I

¡Don Casto!... ¡La señora Cecilia!... Se los presento á ustedes... ¿No los conocen?... Son casados, viven solos, sin familia, sin hijos, sin perros, ni gatos, ni loros... Una parejita tranquila y feliz.

Asi diciendonos á varios muchachuelos, mi abuela la señora Ana, una anciana decidora y dueña de una buena fortuna, nos presentaba, cierta vez, á dichos esposos, sus inquilinos, modelos de honradez y puntualidad en el pago del alquiler mensual. Esto acontecia, allá en mi niñez, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Todos los primeros del mes, ambos esposos, iban á saludarla y abonarle los alquileres. De allí data mi conocimiento con ellos.

Al marcharme á la escuela, con mis libros debajo del brazo, sólo ó acompañado de algunos otros colegiales convecinos, encontrábame á Don Casto en camino para la oficina, quien nos saludaba afectuosamente. A la salida de la escuela lo volvia á ver, regresando á su casa muy ligerito, casi siempre con las manos llenas de envoltorios.

La señora Cecilia, rechoncha, con su cara pecosa, con sus ojos grandes y saltones; con su boca inmensa que abria de oreja á oreja para reirse; su barba semi-cuadrada, con pelillos que le daba aspecto de gata, era la más feucha y lista entre las del bello sexo, tan parlanchina, que, hablaba seguido, seguido, sin atadero de lo que decia, preguntándose y respondiendose á si misma, sin atender al interlocutor.

Don Casto muy alto y flaco, con su pescuezo de grulla, sus pocos pelos cortados al rape, con la barba sin rasurar, sus bigotejos caidos; la nariz gruesa y morada como una berengena madura, con sus largos brazos y piernas, era el más cachagudo y flojo entre los del sexo fuerte, el hombre más callado, que sólo hablaba lo indispensable para hacerse entender, con pausas prolongadas, continuos gestos y ademanes y llevándose el indice á la altura de la nariz.

Aun me parece verlos. A la señora Cecilia, con su falda corta de generillo de color café, su basguiña descolorida y raida; sus altos rodetes de pelo colorado; arremangada hasta el codo, con la escoba en la mano, ó un plato ó un cubierto, haciendo chillar fuerte la suela de las zapatillas sobre las lozas del pátio en sus continuos correteos de las habitaciones á la cocina, ocupada siempre en las domésticas faenas. A don Casto, liado su delgadisimo cuerpo en un viejo *rôbe de chambre* todo desguarnecido y lleno de agujeros; en la cabeza un gorrete de lustrina negra desgastado por el uso; los pies metidos en unas longitudinales zapatillas de paño, todas descosidas; sentado en un antiquisimo sillón, con las piernas cruzadas, enroscada como serpiente la una en la otra, leyendo el diario ó alguna novelilla; ó sino con el cuerpo encorvado, la cabeza gacha, las manos metidas entre las rodillas; su mujer al lado, con los brazos en jarra; él, paciente, callado, sin decir esta boca es mia, soportar todo lo que á ella se le venia á las mientes decirle, asi á tontas y á locas, soltando preguntas que se respondia á si misma según tenia por costumbre.

Para la oficina y la calle, Don Casto cambiaba sus prendas de entrecasa por una levita de color barroso, que en tiempo frio cubria con un gran gaban gris, á cuadros; chaleco de grandes solapas cruzadas, pantalones con rodilleras y llenos de manchones; corbata negra arrollada al cuello de la camisa una porción de veces, atada con un solo nudo y las puntas flotantes; budinera diforme y de alitas caidas; botines de punta cuadrada, muy anchos á causa de los innumerables callos, que en invierno se le complicaban con sabañones, haciéndole cojear y proferir lastimeros ayes al caminar.

Era empleado público; un pobre empleadillo de esos de miserable más que modesto sueldo, que no les basta para la subsistencia de los treinta ó treinta y un dias del mes. Su haber, por mas que economizara en la cotidiana manutención y en otros gastos, una bicoca, la compra de algun trebejo doméstico ó prenda de uso personal, no alcanzaba á cubrir los gastos de las tres cuartas partes del mes. La última se la pasaban sin una moneda del dinero del sueldo. En ese cruel lapso de tiempo vivian al fiado. Para honra de ellos, debo advertirles, que no tenian acreedores. Pagaban sus deudas religiosamente, en cuanto les caia dinero en mano. El reloj de plata de Don Casto (una verdadera antigualla) alguna levita ó pantalon, ó prendas de la señora Cecilia: fundas, almohadones, alhajillas antiguas, adornos mamarrachescos, todo, todo se convertia en dinero en el periodo infausto de la escasez, yendo á parar poco á poco á la tienda de algun ropavejero. Allí permanecian hasta la fecha en que Don Casto recibia el abono del nuevo haber. ¡Fecha memorable, gloriosa, de lujo, de derroche!... Comian fuerte; una verdadera lista de hotel: sopa, *biftek*, fricandó, bayonesas; postres selectos de frutas y confituras; buen vinillo; café superior... Don Casto llevaba algunas empanadas de la confiteria; perdices al horno ¡oh, perdices! (la pasión de la señora Cecilia) que hacian morir de deseos de comérselas por el camino al bueno de su marido y á ella dar rienda suelta á su charlar desatinado, mientras desenvolvia el paquete. Salian á luz los objetos empeñados, los más indispensables ó servibles, quedando los demás en la casa de préstamos. Despues de los regocijos y festines, volvian las privaciones, el cuarto de mes, fatal, angustioso, lleno de apuros, de contar con los dedos, los dias, las horas, los minutos que faltaban para llegar al venturoso instante del cobro del nuevo haber! Sin embargo, vivian contentos; se creian felices. No tenian más anbiciones; no entreveian una vida mejor en el mundo. Aquella le parecia la mejor en el mejor de los mundos. *(Continuará).*

Ella

Estaba recostada en un árbol, cerca de élla seguia rumorosa la débil corriente del ceibal serpeando por intrincados laberintos. Lánguidamente contemplaba esa escena apenas iluminada con los escasos rayos del sol; en actitud meláncolica, con la cabeza baja, con penumbras en el alma que correspondian á las penumbras de la natura, soñaba ¿en qué? no lo sabia, pero lo cierto era élla en aquel instante parecia estar con el espiritu agitado por crueles sufrimientos, amargas decepciones. ¡Qué hermosa estaba! Su bello rostro y todas sus delicadas facciones adquirian ese tinte indefinible de nostalgia que embarga de continuo á los corazones que aman, con ese amor puro tan peculiar en las almas generosas. Su fisico pálido contrastaba con la hermosura de lo intelectual y de lo moral, que trascendia en sus ojos lánguidos, en su mirada amortecida y en su estado de contemplación infinita.

Pasó algun tiempo, mi corazón necesitaba llenar el hondo vacio que existia desde aquella feliz tarde de dulce recuerdo, era indispensable alcanzar la felicidad soñada tantas veces. Guiado por esta idea me lancé al insondable mar de las aventuras amorosas en busca de aquel ángel que habia hecho sentir la primera sensación de amor.

Forjàndome mil deliciosas quimeras emprendi el viaje por senderos cubiertos de violetas y pensamientos. ¡Infeliz! los sueños dorados pronto se disiparian y las flores preciosas que no habia recojido en el camino para que allá cruzando los suaves lindes de la existencia, cuando el alma necesitase de esa fortaleza contra el mal, esa resignación que es el bálsamo azul en el seno de la noche fria y misteriosa, es el rayo esplendente en el sombrio espirar de la vida sentiria su falta para atenuar en parte los continuos sinsabores que á cada paso se ofrecieren é imposible seria el poder recuperarlas.

Todo se desvanece; asi como el alba ostenta ufanosos rosados encantos con toda su espléndida belleza y se disipan en un momento ante la aparición de los rayos del astro rey, asi tambien nuestras doradas ilusiones son tronchados por el rudo golpe de la desgracia, que nuestro triste destino nos depara.

Bendigamos ese sueño, esa aurora de la vida que el Creador ha querido premiar la amarga jornada del hombre sobre la tierra, siendo como un lenitivo á sus muchos dolores que á porfia le brindan los terribles embates de la existencia.

VENANCIO PAIVA.

Internato Normal de Varones,
Montevideo, Octubre 15 de 1897.

Establecimiento gráfico á vapor. Convencion 82.